

de él para que los fuegos se crucen por todos lados. En 1813 llegaremos á Moscou, y en 1814 á San Petersburgo; la guerra de Rusia es una guerra de tres años.

En este momento, quien habla así es el buen genio de Napoleón; pero no tardará en recobrar su imperio el demonio de la guerra; quince días después se han desvanecido todos aquellos grandes proyectos, y, como fatigado atleta que ha recobrado aliento, el emperador continúa su avance. Esmolensco cae en nuestro poder el 18 de agosto, el 16 de setiembre, Moscou está envuelta en llamas, y el 13 de diciembre, Napoleón, fugitivo, repasa de noche el Niemen, solo y perseguido por el espectro del grande ejército.

Peregrino piadoso de nuestra gloria como de nuestros reveses desde Vilna, había seguido yo á caballo el mismo camino que Napoleón recorriera hacia doce años, recogiendo todas las tradiciones que de su paso conservaran los lituanos. Habríame también placido visitar á Esmolensco y á Moscou, la nueva Pultawa; pero tal camino constreñíame á hacer doscientas leguas más, y esto me era imposible. Después de haber pasado un día en Vitepsk, y recorrido el palacio en que permaneció quince días Napoleón, envié por caballos y por uno de esos pequeños coches de que se sirven los correos rusos, y á los cuales se da el nombre de *perekladnoi*, porque se cambia de ellos á cada posta. Puse mi maleta en el *perekladnoi*, y pronto dejé á Vitepsk á mi espalda, llevado por mis tres caballos, uno de los cuales, el del centro, trotaba con la cabeza erguida, mientras los otros dos galopaban y relinchaban con la cabeza baja, como si hubiesen querido devorar la tierra.

Por lo demás, no hice sino dejar un recuerdo por otro. Ahora seguí el camino que Catalina tomó en su viaje á Tauride.

II

Al salir de Vitepsk encontré la aduana rusa; pero como todo mi equipaje consistía en una maleta, pese á la visible buena intención que de prolongar la visita tenía el jefe del puesto, la inspección sólo duró dos horas y veinte minutos, lo cual es casi inusitado en los anales de la aduana moscovita.

Hecho el registro, ya no tuve que pensar en tales formalidades hasta San Petersburgo.

Por la tarde llegué á Veliki-Luki, cuyo nombre significa *grande arco*, designación pintoresca debida á las sinuosidades del río Lova, que lame sus muros. Fundada en el siglo xi, los lituanos la saquearon en el siglo siguiente; luego pasó á poder de Ballori, rey de Polonia; más adelante recobróla Juan Vasilievith, y por último la abrasó el falso Demetrio. Desierta por espacio de nueve años, repobláronla los cosacos del Don y del Jaik, de los cuales descienden casi todos sus habitantes actuales. Veliki-Luki encierra tres iglesias, dos de ellas situadas en la rua, y ante las que mi postillón no dejó de hacer, al pasar, el signo de la cruz.

Á pesar de la dureza del coche no suspendido que yo había adoptado y del mal estado de los caminos, resolví no detenerme, pues, según me dijeran, podía recorrer en cuarenta y ocho horas las ciento setenta y dos leguas que separan Vitepsk de San Petersburgo; no me paré pues delante de la posta más que el tiempo necesario para cambiar de tiro.

Ocioso es decir que durante toda la noche no dormí una hora, cuanto más que me zarandeaba en mi *coche* como nuez en su cáscara. Hice en verdad cuanto pude para agarrarme al banco de madera sobre el cual habían tendido un como cojín de cuero no más grueso

que un cuadernillo de papel; pero al cabo de diez minutos tenía dislocados los brazos, y me veía constreñido á abandonarme nuevamente á aquel terrible traqueteo, compadeciendo en lo más hondo de mi corazón á los desventurados correos rusos que en ocasiones recorren mil leguas en coches parecidos.

La diferencia de las noches moscovitas con las noches francesas era ya sensible. En cualquiera otro coche me hubiera sido fácil leer, y aun fatigado por el insomnio lo intenté; pero á la cuarta línea un vaivén me hizo caer de las manos el libro, y al agacharme para recogerlo, otro vaivén me hizo caer á mi del banco al fondo de mi coche, donde bregué por espacio de más de media hora antes no pude levantarme. Huelga decir que se me pasaron las ganas de leer.

Al clarear llegué á Bejanitzi, pueblecito insignificante, y, á las cuatro de la tarde, á Porkhoff, antigua ciudad situada en la margen del Quelonia, que lleva su lino y su trigo al lago Ilmen, desde el cual y por el río que une los dos lagos, sus mercaderías llegan á Ladoga: me encontraba á la mitad de mi camino. Confieso que sentí grandes deseos de pasar la noche en Porkhoff; pero por muy sucio que fuese mi coche, me sepulté nuevamente en él, animado por la seguridad que me diera el postillón, esto es que el camino que me faltaba recorrer era mejor que el que ya había recorrido. Anudó pues mi perekladnoi la marcha al galope, y yo continué zarandeándome en el interior de mi coche, mientras mi postillón cantaba en su asiento una canción melancólica de la que no me era posible comprender la letra, pero cuyo aire parecía maravillosamente aplicable á mi dolorosa situación. Si dijese que me dormí, no me creerían, y ni yo lo hubiera creído á no haberme despertado con una gran contusión en la frente. Tal traqueteo había dado el coche, que el postillón fué arrancado de su asiento. En cuanto á mí, detúvome el techo del carruaje, y la contusión que me despertó me la hice al chocar con el

mimbre. En aquel instante se me ocurrió la idea de hacer entrar en el coche á mi postillón, y colocarme en el asiento de éste; pero por más que insté, el postillón no consintió, ora porque no comprendiese lo que yo le pedía, ora porque creyese que, de acceder, faltaría á sus deberes. Seguimos pues adelante, el postillón cantando, y yo zarandeándome de mala manera, hasta que, á eso de las cinco de la mañana, llegamos á Selogorodetz, donde nos detuvimos para almorzar. Por fortuna ya sólo nos faltaban recorrer unas cincuenta leguas.

Entré de nuevo y suspirando en mi jaula, volví á encaramarme en mi percha, y por vez primera se me ocurrió preguntar si era hacedero el levantar el techo de mi calesín.

—Es lo más fácil del mundo, respondiome el postillón.

—Pues manos á la obra inmediatamente, dije.

Levantado el techo, únicamente la parte inferior de mi individuo continuó comprometida.

En Luga se me ocurrió otra idea no menos luminosa que la primera, la de quitar el banco, extender una capa de paja en el fondo del coche, y acostarme en ella haciendo de mi maleta un travesaño. De esta suerte y de mejora en mejora, mi estado acabó por hacerse casi soportable.

Mi postillón me hizo detener sucesivamente ante el castillo de Garchina, adonde fué relegado Pablo I durante todo el reinado de Catalina, y ante el palacio de Zarcoselo, residencia de verano del emperador Alejandro; pero mi fatiga era tanta, que me contenté con levantar la cabeza para mirar aquellas dos maravillas, proponiéndome volver más adelante en un coche más cómodo para verlas con mayor detención.

Al salir de Zarcoselo, se rompió de improviso el eje de un droschki que corría delante de nosotros, y el coche, sin volcar, se ladeó. Como yo iba á un centenar de pasos del droschki, antes de haberlo alcanzado

tuve tiempo de ver como salía de él un individuo alto y delgado, que llevaba en una mano un clac, y en la otra un pequeño violín de los llamados de faltriquera. Ostentaba el tal casaca negra, como las usaban en París en 1812, calzas negras también, medias de seda negras y zapatos con hebillas. Tan pronto el del violín se encontró en medio del camino, empezó á patear el suelo, primeramente con el pie derecho, después con el izquierdo, luego hizo algunas cabriolas, y por fin dió dos ó tres vueltas sobre sí mismo, indudablemente para cerciorarse de que nada tenía roto. La inquietud que aquel sujeto manifestaba por su conservación me cautivó hasta un punto tal, que me creí obligado á no pasar junto á él sin detenerme y sin preguntarle si le habia pasado algún fracaso.

—Ninguno, caballero, me respondió el del violín, á no ser que voy á perder mi lección, una lección que me vale cuatro pesos, y á la más linda criatura de San Petersburgo, á la señorita de Vlodeck, que pasado mañana representa el papel de Filadelfia, una de las hijas de lord Warton, en el cuadro de Antonio Van Dick, en la fiesta que la corte da á la duquesa heredera de Veimar.

—No comprendo claramente lo que V. me dice, caballero, repuse; pero no importa, si puedo serle útil en algo...

—Puede V. salvarme la vida. Figúrese V. que vengo de dar una lección de baile á la princesa Lubormiska, cuya quinta está á dos pasos de aquí, y que desempeña el papel de Cornelia. Una lección de ocho pesos, caballero, no las doy por menos; estoy en auge y me aprovecho; es muy sencillo, no hay otro maestro de danza francés que yo en San Petersburgo... Pues sí, este tunante me da un coche que se rompe y está en un tris como no me estropea... Por fortuna tengo sanas las piernas.

—Sino me engaño, repuse, el favor que puedo prestar á V. es ofrecerle un sitio en mi coche. ¿No es eso?

—Usted lo ha dicho, respondió mi interlocutor, y será para mí un favor inapreciable; pero en verdad no me atrevo...

—¡Cómo! entre paisanos...

—¡Ah! ¿es V. francés?

—Y entre artistas...

—¡Ah! ¿es V. artista? Pues mire V., San Petersburgo es mala ciudad para los artistas, y sobre todo para los que se dedican á la enseñanza del baile. Sólo se danza con una pierna. ¿Acaso es V. maestro de baile, caballero?

—¡Que sólo se danza con una pierna! ¿pero no dice V. que le pagan cuatro pesos por una lección? ¿acaso será para aprender á andar á la pata coja? ¡Cuatro pesos! pues ahí es nada, caballero.

—En este momento sí, é indudablemente á causa de las circunstancias, replicó el del violín; pero la Rusia de hoy no es la de otros tiempos; los franceses lo han echado todo á perder. Supongo que no es V. maestro de baile, ¿eh?

—Sin embargo hanme hablado de San Petersburgo como de una ciudad en la que todos los hombres que valen están seguros de hallar buena acogida.

—Esto era antes, y hasta tal extremo, que hubo un miserable peluquero que ganaba 600 rublos al día, siendo así que yo apenas gano 80. ¿Supongo que no es V. maestro de baile?

—No, mi querido paisano, respondí por fin, compadecido de la inquietud de mi interlocutor, y puede V. subir á mi coche sin temor de encontrarse junto á un rival.

—Acepto con muchísimo gusto, exclamó mi interlocutor sentándose á mi lado. Gracias á V., todavía llegaré á tiempo á San Petersburgo para dar mi lección.

El cochero partió al galope, y tres horas después, es decir cerrada la noche, entramos en la capital por la puerta de Moscou.

Siguiendo las indicaciones de mi compañero de

viaje, que desde que estuvo convencido de que yo no era maestro de baile se mostrara por demás complaciente para conmigo, me apeé en la fonda de Londres, situada en la plaza del Almirantazgo, esquina á la espaciosa calle de Niuski.

El maestro de baile se metió en un droschki, y yo entré en la fonda.

Huelga decir que por mucho que me aguijase el deseo de visitar la ciudad de Pedro I, lo aplacé para el día siguiente; me caía literalmente de fatiga; mis piernas no podían conmigo: apenas si tuve la fuerza de subirme á mi cuarto, en el que por fortuna hallé una buena cama, mueble que me había faltado desde Vilna.

Al despertarme al día siguiente al medio día, lo que primero hice fué abrir la ventana de mi cuarto; ante mí se alzaban el palacio del Almirantazgo con su alta aguja de oro coronada de un buque y su cinturón de árboles; á mi izquierda, el palacio del Senado; á mi derecha, el palacio de Invierno y el Retiro, y, en los intervalos de tan suntuosos monumentos, veíanse trozos del Neva, que me parecía anchuroso como el mar.

Almorcé vistiéndome, y, una vez vestido, me encaminé al malecón del Palacio y lo remonté hasta el puente de Troitskoi que, dicho sea de paso, tiene unos 600 metros de longitud, y desde el cual me incitaran á contemplar la ciudad. Era el mejor consejo que me hubiesen dado en mi vida. En efecto, no sé si en el mundo entero se disfruta de un panorama parecido al que se desarrolló á mis ojos cuando, al volver la espalda al barrio de Viborg, tendí la mirada hasta las islas de Volnoi y el golfo de Finlandia. No lejos de mí, á mi derecha, amarrado cual un buque por dos ligeros puentes á la isla de Aptekarskoi, se alzaba el fuerte, primera cuna de San Petersburgo, de las murallas del cual sobresalía la aguja de oro de la iglesia de San Pedro, donde están enterrados los zares, y el verde tejado de la seca. Frontero del fuerte y en la

margen opuesta, alzabase á mi izquierda el palacio de Mármol, cuyo gran defecto consiste en que el arquitecto parece haberse olvidado de hacerle una fachada; el Retiro, hermoso refugio construido por Catalina II contra la etiqueta; el palacio imperial de Invierno, más notable por su grandiosidad que por sus líneas; el Almirantazgo, con sus dos pabellones y sus escaleras de granito, centro gigantesco al que afluyen las tres principales calles de San Petersburgo: la de Niuski, la de los Guisantes y la de la Resurrección, y por último, allende el Almirantazgo, el malecón Inglés con sus magníficos palacios, terminando con el Almirantazgo nuevo.

Después de haber contemplado aquella larga línea de majestuosos edificios, miré otra vez frente á mí, y en la punta de la isla de Vasiliefskoi vi la Bolsa, monumento moderno, construido no se sabe á ciencia cierta porqué entre dos columnas rostradas, y cuyas semicirculares escaleras bañan en el río sus últimos escalones. Junto á la Bolsa y en la margen frontera del malecón Inglés, vense en línea los doce Colegios y las Academias de ciencias y de bellas artes, cerrando tan espléndida perspectiva la Escuela de minas, situada en el extremo de la curva descrita por el río.

A la otra parte de la mencionada isla, que debe su nombre á un teniente de Pedro I, llamado Basilio, á quien aquel príncipe dió un mando, mientras él, ocupado en construir la fortaleza, habitaba en su choza de la isla de San Petersburgo, corre hacia las islas de Volnoi el brazo del río á que apellidan el pequeño Neva. Allí es donde están situadas, en medio de jardines deliciosos, cerrados con doradas verjas, entapizados de flores y de arbustos traídos de África y de Italia, para los tres meses que de verano disfruta San Petersburgo, y que durante los nueve restantes meses del año hallan la temperatura de su tierra natal en invernáculos; allí, decimos, es donde están situadas las casas de campo de los más ricos señores de San Pe-

tersburgo. Una de aquellas islas pertenece por entero á la emperatriz, que ha hecho construir en ella un precioso palacete y la ha cubierto de jardines y paseos.

Si uno se vuelve de espaldas á la fortaleza y, en vez de descenderlo, remonta el río, la perspectiva cambia de carácter sin perder en grandiosidad. En efecto, por este lado y en las dos extremidades del puente en que yo estaba situado, en una orilla se alzaba la iglesia de la Trinidad, y en la otra el jardín de Verano, y á mi izquierda la casita de madera en que habitaba Pedro I mientras hacía construir la fortaleza. Junto á la mentada casita ó cabaña medra todavía un árbol al cual y á la altura de unos tres metros está clavada una Virgen. Cuando el fundador de San Petersburgo preguntó á qué altura, en las grandes crecidas, se elevaba el río, mostráronle aquella Virgen, y al verla estuvo en nada como no desistió de su colosal empresa. El árbol santo y la casa inmortalizada están rodeados de un edificio porticado construido ex profeso para proteger contra las injurias del tiempo y del clima aquella cabaña, de sencillez grosera, compuesta únicamente de tres piezas, esto es de comedor, salón y dormitorio. Pedro fundaba una ciudad, y no había tomado el tiempo de labrarse una casa.

Algo más allá, también á la izquierda, y en la otra parte del gran Neva y del viejo San Petersburgo, se alzan el hospital militar y la Academia de medicina, y en último término el pueblecito de Okla y sus alrededores, y frente al hospital, la Academia y el pueblo, á la derecha, vense el cuartel de los caballeros guardias, el palacio de Tauride con su verde tejado, los cuarteles de artillería, la casa de Caridad y el antiguo monasterio de Esmolna.

No sé cuánto tiempo pasé extasiado ante aquella doble perspectiva. Mirándolos por segunda vez, todos aquellos palacios quizá tenían excesiva semejanza á una decoración teatral, y todas aquellas columnas que de lejos parecen de mármol, puede que de cerca no

eran más que de humilde ladrillo; pero el primer aspecto ofrece un nosequé maravilloso que supera en mucho al concepto que uno se ha formado de la localidad, por grandioso que el concepto sea.

Sonaron las cuatro, y como me habían advertido que la mesa redonda estaba servida á las cuatro y media, con pesar tomé la vuelta de la fonda, pasando por delante del Almirantazgo, para mirar de cerca la colosal estatua de Pedro I, á la que viera desde la ventana de mi cuarto.

Tanto me habían preocupado hasta entonces las grandes moles, que sólo á mi regreso me fijé algo en la población, muy merecedora sin embargo de que se ocupen en ella por el marcadísimo carácter que ofrece. En San Petersburgo no se ven más que esclavos con barba ó grandes señores cargados de condecoraciones: no hay clase intermedia.

Cumple decir que á la primera mirada el mujick despierta poco interés: en invierno los hombres van envueltos en pieles de carnero con el vellón hacia adentro, y en estío ostentan camisa rayada que en vez de estar metida en los pantalones ondula sobre las rodillas, sandalias sujetadas con correas que se cruzan en las piernas, cabellos cortados en la nuca, y larga barba que se desarrolla tan espesa como le place á la naturaleza; en cuanto á las mujeres, llevan abrigos de tela común ó largas camisolas de anchos pliegues que les llegan hasta la mitad de las sayas, y descomunales botas en las cuales pies y piernas pierden su forma. Hay que decir también que tal vez en ninguna tierra del mundo se encuentra en el pueblo tal serenidad de fisonomía. En Paris, de cada diez rostros pertenecientes á la última clase social, á lo menos cinco ó seis expresan el sufrimiento, la miseria ó el temor. En San Petersburgo no se observa nada de eso. El esclavo, siempre seguro de su porvenir y casi siempre de su presente, tranquilo respecto de su alojamiento, de su vestido y de su alimentación, todo lo cual corre al

cuidado de su señor, anda en el camino de la vida sin otro cuidado que el de recibir algunos azotes á que hace tiempo están acostumbradas sus espaldas; azotes que, por otra parte, él los olvida muy pronto, gracias al abominable aguardiente que constituye su bebida ordinaria, y que en vez de irritarlo, como el vino con que se emborrachan nuestros ganapanes, le infunde un respeto más humilde y más profundo para con sus superiores, una amistad más tierna para con sus iguales, y para con todos una benevolencia de las más conmovedoras y cómicas que yo conozca.

Ahí pues un cúmulo de razones para hablar nuevamente del mujick, de quien una prevención injusta nos ha desviado al principio.

Otra particularidad que también me llamó grandemente la atención, es la libre circulación de las calles, beneficio que la ciudad debe á los tres grandes canales que la ciñen, y por los cuales tienen salida los escombros, se hacen las mudanzas, llegan las mercancías y se acarrea la madera. De esta suerte nunca hay aglomeración de carros que le obligan á uno á invertir tres horas en recorrer en coche un trayecto que recorrería á pie en diez minutos. Al contrario, en todas partes hay espacio: el arroyo queda para los droschki, los kibick, las briskas y las calesas que se cruzan en todas direcciones con rapidez vertiginosa, lo cual no impide que á cada paso se oiga la palabra *pascaré, pascaré*, más aprisa, más aprisa; las aceras para los peones, que no se ven nunca atropellados sino cuando se empeñan en serlo, y aun, pues los cocheros rusos tienen tan buena mano para detener prontamente un tiro lanzado al galope, que es preciso ser más diestro que el cochero para sufrir un percance.

Olvidábaseme otra precaución de la policía para indicar á los transeuntes que tienen que andar por las aceras, y es que á menos de hacerse herrar como los caballos, es sumamente fatigoso andar por unos empedrados que recuerdan los guijarros de León. A eso

debe San Petersburgo que de ella digan que es una hermosa y apuesta dama suntuosamente vestida, pero horrorosamente calzada.

Entre las joyas que han dado á San Petersburgo sus zares, una de las más notables es indudablemente la estatua de Pedro I, debida á la liberalidad de Catalina II. Pedro I está subido sobre un fogoso corcel encabritado, imagen de la nobleza moscovita, á la que tanto le costó domeñar. Está el zar sentado en una piel de oso, que representa el estado de barbarie en que él encontró á su pueblo; luego y para que la alegoría fuese completa, una vez el artista hubo terminado la estatua, hicieron rodar hasta San Petersburgo, para que sirviera de pedestal á aquella, una peña sin pulir, emblema de las dificultades que el civilizador del Norte tuvo que vencer. En la cara principal del granito está grabada la siguiente inscripción latina, reproducida en ruso en la cara opuesta:

PETRO PRIMO CATHARINA SECUNDA. 1782

Las cuatro y media sonaban al dar yo por tercera vez la vuelta al enverjado que ciñe al monumento de Pedro el Grande; no tuve pues otro remedio que separarme de la obra capital de nuestro compatriota Falconnet, pena de exponerme á no hallar sitio en la mesa redonda.

San Petersburgo es la aldea más grande que conozco.

Gracias á mi compañero de viaje, ya había cundido la nueva de mi llegada; y como aquél sólo pudo decir de mí que viajaba en silla de posta y no era maestro de baile, la nueva no dejó de perturbar al grupo de industriales franceses que toman el nombre de colonia; cada uno de ellos sintió respecto de mí el recelo que tan ingenuamente me manifestara el maestro de piruetas, y temió encontrar en mí un competidor ó un rival. No es de admirar pues que mi entrada en el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY

30053

medor provocase un cuchicheo general entre los comensales de la mesa redonda, casi todos ellos pertenecientes á la colonia, y que cada cual se esforzase en leer en mi rostro y en adivinar en mis modales á qué clase pertenecía. Esto fué difícil, á menos de una gran perspicacia, pues me limité á saludar y á sentarme.

Durante la sopa, gracias al ardor del primer ataque y al pudor de la vista primera, mis compañeros de mesa respetaron bastante mi incógnito; pero después del buey, reventó por mi vecino de la derecha la curiosidad por tanto tiempo refrenada.

—¿Es V. extranjero en San Petersburgo? me preguntó el aludido, tendiéndome su vaso y haciendo una mesura con la cabeza.—Llegué anoche, respondí escanciándole vino é inclinándome á mi vez.—¿Conque somos compatriotas? profirió mi vecino de la izquierda con acento de mentida fraternidad.—Lo ignoro, caballero; yo soy de París.—Y yo de Turs, jardín de Francia, provincia, como V. sabe, donde se habla el francés más castizo. Por eso me vine á San Petersburgo, para ser en ella *utchitel*.—¿Si no peco de indiscreto, dije á mi vecino de la derecha, puedo preguntar á V. qué es un *utchitel*?—Un mercader de participios, me respondió mi vecino con ademán de soberano desdén.—Supongo que á V. no le trae lo que á mí, continuó el hijo de Turs, donde no, le daría un consejo de amigo, y es que se volviese inmediatamente á Francia.—¿Por qué, caballero? pregunté.—Porque la última feria de profesores celebrada en Moscou ha sido malísima.—¡Cómo! ¿la feria de profesores ha dicho V.? exclamé con estupefacción.—Sí, señor. ¿Por ventura ignora V. que este año el pobre señor Le Duc ha perdido la mitad sobre su mercadería?—¿Me hace V. el favor de decirme quién es el señor Le Duc? pregunté á mi vecino de la derecha.—Un estimable fondista que tiene tienda de instructores, los alberga y los tasa según sus méritos, y que por Pascuas y Navidad, grandes fiestas de los rusos que los grandes acostum-

bran pasar en la capital, abre sus tiendas, y aparte de los desembolsos que ha hecho para el profesor á quien coloca, cobra una comisión. Pues bien, este año le ha quedado el tercio de esos pelagatos, y le han devuelto el sexto de los que había enviado á provincias, de modo que el pobre está si quiebro no quiebro.—¡De veras! exclamé.—Ya ve V. pues, repuso el *utchitel*, que si viene V. para ser ayo, el momento está mal escogido, cuanto más que los que hemos nacido en Turena, esto es en la provincia donde se habla más correctamente la lengua francesa, á duras penas hallamos colocación.—Nada tema V. respecto de mí, dije; ejerzo otra industria.—Bueno es que le prevenga, me dijo mi comensal frontero, con acento que olía á bordelés á una legua, que si trata V. en vinos, esto está perdido del todo.—¡Cómo! exclamé, ¿por ventura los rusos se han dado á la cerveza, ó han plantado viñas en el Khamchatkha?—Como no fuese más que eso les haríamos la competencia; lo que hay es que los grandes señores rusos siempre compran, pero nunca pagan.—Gracias por el aviso, caballero, dije; pero me cabe la certeza de que sobre mi género no me harán una trastada. No negocio en vinos.—Como quiera que sea, me dijo entonces con acento lionés marcadisimo un sujeto que vestía un gabán con alamares y cuello de pieles por más que estuviésemos en pleno verano; como quiera que sea aconsejo á V., si es V. mercader de paños ó de pieles, que emplee para sí su mejor mercancía, pues no tiene V. el aspecto muy robusto, y aquí los que están delicados del pecho se mueren muy pronto. El invierno último hemos enterrado á quince franceses. Conque ya está V. advertido.—Me precautelaré, caballero, dije, y como tengo la intención de proveerme en casa de V., espero que me tratará como paisano.—¡Pues no! y con muchísimo gusto. Soy de Lión, segunda capital de Francia, y ya sabe V. que los lioneses tenemos fama de concienzudos. Desde el momento que V. no es comerciante en paños y en

pieles...—Pero hombre de Dios, ¿no ve V. que nuestro paisano no quiere manifestarnos quién es? dijo de mala gana un fulano cuya rizada cabellera exhalaba un abominable olor á pomada de jazmín, y que, sin lograrlo, hacía un cuarto de hora se esforzaba en hallar la articulación del ala de un ave de la que cada cual esperaba un trozo. Y recalcando las palabras, repitió: ¿No ve V. que el caballero no quiere decirnos quién es?—Si yo tuviese la suerte de parecerme á V., repuse, y de exhalar un olor tan deliciosamente aromatzado, á los circunstancias les costaría poco adivinar quien soy, ¿no es verdad?—¿Qué quiere V. decir? exclamó el joven rizado.—Quiero decir que es V. peluquero.—¿Lo dice V. en són de insulto?—¿Cómo! ¿á V. lo insultan cuando le dicen quién es?—Caballero, profirió el joven rizado levantando la voz y sacando una tarjeta de su bolsillo, aquí está mi dirección.—Ea, déjese V. de cuentos y corte el pollo, repuse.—¿Luego se niega V. á darme una satisfacción?—Sepa V. que mi profesión me impide pelearme.—¿Así pues es V. un cobarde?—No, señor, soy maestro de armas.—¡Ah! exclamó el joven rizado sentándose nuevamente.

En el comedor reinó un instante de silencio, durante el cual mi interlocutor intentó en vano cortar el ala al pollo de marras, hasta que por fin, cansado de tanto bregar, lo pasó á su vecino.

—¡Ah! ¿conque es V. maestro de armas? me dijo al cabo de algunos segundos el bordelés; bonita profesión; en mis mocedades y cuando tenía destornillada la cabeza, me dediqué algo á la esgrima.—Es una rama de la industria poco cultivada aquí y que no puede menos de florecer, repuso el profesor; máxime enseñada por un hombre como el caballero.—¿Qué duda cabe? dijo el tratante en paños y pieles; pero aconsejo al caballero que use chalecos de franela cuando dé sus lecciones, y que se mande labrar una capa de pieles para envolverse en ella cada vez que

haya dado un asalto.—Mía fe, mi querido paisano, exclamó á la vez, sirviéndose un trozo del pollo que no pudo disecar y que su vecino había cortado para él, el joven rizado, que durante aquel rato había recobrado toda su serenidad; mía fe, mi querido paisano, porque V. es parisiense, ¿no me lo ha dicho V.?...—Sí, señor.—Yo también... A mi ver ha hecho V. una excelente especulación; porque si no estoy equivocado, en San Patersburgo no tenemos más que una especie de mal ayudante de maestro de esgrima, antiguo comparsa de la *Gaité*, que ha conseguido hacerse nombrar maestro de armas de la guardia organizando asaltos en el teatro pequeño. Ya lo verá V. en la Perspectiva, enseñando á sus discípulos. Lo he hecho venir para continuar con él; pero á los primeros botanazos he advertido que yo era el maestro y él el discípulo; de modo que lo he despedido como un modrego, dándole la mitad de lo que yo cobro por un peinano, y el pobre diablo todavía ha estado contentísimo.—Conozco al sujeto de quien me habla V., repuse. Como extranjero y como francés, debiera V. no haber dicho lo que ha dicho; porque como extranjero tiene V. que respetar el gusto del emperador en sus elecciones, y como francés está V. obligado á no denigrar á un compatriota. Es una lección que doy á V. á mi vez, caballero, y que no se la hago pagar ni aun la mitad; ya ve V. que soy generoso.

Dije, y me levanté de la mesa, pues ya estaba hasta aquí de la colonia francesa, y no veía el instante de separarme de ella. Un joven que durante la comida no había pronunciado palabra, se levantó al mismo tiempo que yo, y, emparejando conmigo, me dijo sonriéndose:

—Por lo que se ve, no ha necesitado V. mucho tiempo para juzgar á nuestros queridos compatriotas.

—No, en realidad, y si he de ser franco, el concepto que de ellos he formado no les favorece mucho.—Sin embargo, repuso mi interlocutor encogiendo los hom-

bros, por esa muestra nos juzgan en San Petersburgo. Las demás naciones envían al extranjero lo mejor; nosotros solemos enviar lo peor; y no obstante en todas partes contrapesamos su influjo. Esto es muy honroso para Francia, pero muy triste para los franceses.—¿Y V. vive en San Petersburgo? pregunté al joven.—Hace un año; pero esta tarde parto.—¿Cómo?—Voy á retener mi coche. Servidor de V., caballero.—Beso á V. la mano.

—Estoy de mala data, dije entre mí subiéndome á mi cuarto, mientras mi interlocutor se encaminaba á la puerta; doy por casualidad con un hombre correcto, y parte el día mismo de mi llegada.

Al entrar en mi cuarto encontré al camarero ocupado en arreglar mi cama para la siesta; porque es de saber que en San Petersburgo, como en Madrid, la gente suele dormir después de comer: es que en efecto hay dos meses durante los cuales hace más calor en Rusia que en España.

Como todavía mi cuerpo estaba muy molido por los dos últimos días que acababa de pasar en coche, aquel reposo me venía de perlas, y me aguijaba el deseo de gozar cuanto antes de una de las hermosas noches del Neva que tanto me habían ensalzado. Pregunté pues al camarero cómo tenía que arreglármelas para procurarme una góndola, y me respondió que era lo más sencillo, que bastaba encargarla, y que mediante diez rublos, incluso la comisión, él se comprometía á procurármela. Como ya había cambiado yo algunas monedas en papel, le dí un billete rojo, y le encargué que me despertase á las nueve.

El billete rojo produjo su efecto: á las nueve el camarero llamó á la puerta de mi cuarto, y me dijo que el gondolero me estaba aguardando al pie de la fonda, en el río.

La noche era un crepúsculo suave y límpido, con ayuda del cual pudiera uno haber leído fácilmente, y permitía ver á gran distancia los objetos, envueltos

en deliciosa vaguedad y revestidos de tonos ignorados aún bajo el cielo de Nápoles. Al bochornoso calor del día había seguido una brisa sumamente agradable que, al pasar por las islas, traía en sus alas un efímero y suave aroma de rosas y naranjos. La ciudad, abandonada y desierta durante el día, se había repoblado, y se apiñaba en su paseo marino, al que afluía su aristocracia por todas las ramificaciones del Neva. Las góndolas venían á alinearse en torno de una inmensa barca amarrada delante de la ciudadela, y en la cual estaban embarcados más de sesenta músicos. De pronto se elevó del río y subió majestuosamente hacia el cielo una armonía maravillosa y de la que no tenía yo ninguna idea; entonces dí orden á mis dos remeros de que me condujesen lo más cerca posible de aquel órgano gigantesco y viviente, del que, por decirlo así, cada músico forma un tubo; y es que conocí en aquella música la música de las trompas que tanto me ponderaran, y en la cual cada ejecutante sólo da una nota según un signo y prolonga el sonido de ella mientras la batuta del director de orquesta está dirigida hacia él. Aquella instrumentación tan nueva para mí rayaba en lo maravilloso; nunca hubiera creído yo que pudiese convertirse en instrumentos de música un conjunto de hombres, y no sabía qué admirar más, si la paciencia del director ó la docilidad de la orquesta. Verdad es que más adelante, cuando conocí al pueblo ruso y noté su estupenda aptitud para todas las artes mecánicas, ya no me admiraron aquellos conciertos más que sus casas labradas con el hacha. Pero por el pronto, confieso que me sentí extasiado, y ya había concluido la parte primera del concierto cuando yo todavía escuchaba.

El concierto aquel duró hasta hora avanzada de la noche, y hasta las dos de la madrugada estuve á tiro de oír y de ver, en lugar de hacer lo que todo el mundo, esto es ir de acá para allá: parecíame que el concierto lo daban para mí solo, y que tales porten-

tos de armonía no podían renovarse todas las noches. Pude pues examinar cómodamente los instrumentos de que se servían los músicos, y notar que eran unos tubos encorvados únicamente en su embocadura, y que iban ensanchándose hasta la extremidad, por donde se escapa el sonido. Aquella especie de trompetas tenían desde uno á nueve metros de longitud; mas para tocar una de las últimas se reunían tres personas, dos para sostenerla y una para tocarla.

Clareaba ya cuando regresé á la fonda, maravillado de la noche que había pasado bajo un cielo de oriente, en medio de aquella armonía septentrional, en aquel río tan ancho que parece un lago, y tan puro que refleja, como un espejo, todas las estrellas del firmamento y todas las luces de la tierra. En aquel momento San Petersburgo parecióme muy superior á cuanto de él me habían dicho, y conocí que si la capital de Rusia no era el paraíso, á lo menos lo parecía.

De tal suerte me perseguía aquella música eólica, que no pude pegar los ojos. Así pues, aunque me acosté pasadas las tres, á las seis ya estaba levantado.

Ordené algunas cartas de recomendación que me habían dado, y de las que resolví no usar hasta haber celebrado públicamente un asalto de armas á fin de no verme obligado á hacer yo mismo mi apología, y me metí en el bolsillo una de ellas, sólo una, que un mi amigo me encargara la entregase en propia mano. Dicha carta era de la amante de mi amigo, costurera del barrio Latino, y dirigida á su hermana, tendera de modas; pero no tengo yo la culpa de que los acontecimientos confundan todas las clases, y de que la marea de las revoluciones ponga en nuestros días y con tanta frecuencia al pueblo frente á la realeza.

El sobre de las mentada carta decía, en caracteres y en la ortografía que es de suponer:

Señorita Luisa Dupuy, en casa de la señora Xavier, tendera de modas, calle de Niuski, junto á la iglesia armenia, frente al bazar.

No dejaba de placermé el entregar personalmente la carta aquella. A ochocientas leguas de Francia es siempre grato ver á una joven y linda paisana, y yo sabía que Luisa era linda y joven. Por otra parte, Luisa, que hacía cuatro años vivía en San Petersburgo y por lo tanto conocía la ciudad, me daría consejos respecto de la manera de conducirme en ella.

Sin embargo, como decorosamente no podía presentarme en casa de la joven á las siete de la mañana, resolví dar una vuelta por la ciudad, y no dejarme caer en la calle de Niuski hasta las cinco de la tarde.

Llamé al camarero, y en su lugar compareció un criado de plaza. Los criados de plaza al mismo tiempo son cicerones, quiero decir que así dan betún á las botas como muestran los palacios. Quedéme con él, máxime para lo primero, pues por lo que hace á lo segundo, de antemano había estudiado yo á San Petersburgo lo suficiente para saber tanto como él sobre el particular.

III

No me dí mal rato alguno para hacerme con un coche, como la víspera para una barca, pues aunque no había transitado todavía mucho por las calles de San Petersburgo, no había dejado de ver en todas las encrucijadas paradas de kibiseks y de droschkis. Así pues, apenas hube atravesado la plaza del Almirantazgo para encaminarme á la columna de Alejandro, cuando á la primera seña que hice me vi rodeado de ivoschiks, que se ofrecieron en competencia á llevarme casi de balde. Como en la capital rusa no hay tarifas, quise ver hasta dónde llegaría la disminución, que no paró hasta cinco rublos: por cinco rublos alquilé un droschki para todo el día, é inmediatamente indiqué al ivoschik, ó cochero, el palacio de Tauride.

Los ivoschiks suelen ser siervos que mediante un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tributo llamado *abrock* obtienen de sus señores el permiso de hacer fortuna por su cuenta en San Petersburgo. El utensilio de que se sirven para correr en pos de aquella diosa es una especie de trineo de cuatro ruedas en el cual el banco en vez de estar á lo ancho está á lo largo, de modo que uno no está sentado en él como en un tilburí, sino como á caballo en una bicicleta. A tal máquina va enganchado un caballo no menos montaraz que su amo, y que, como su amo, ha dejado las estepas natales para venir á recorrer en todas direcciones las calles de San Petersburgo. El *ivoschik* quiere con afecto paternal á su caballo, y en vez de maltratarlo, como hacen los cocheros franceses, le habla todavía más cariñosamente que el muletero español á su mula capitana. Para él improvisa canciones de las que inventa la música y la letra á un tiempo, y en las cuales le promete para la otra vida, en compensación de los trabajos que pasa en esta, mil felicidades, con las que se contentaría el hombre más exigente. El desventurado animal, sensible á los halagos ó confiado en la promesa, va incesantemente al trote largo, sin que nunca ó casi nunca lo quiten del coche, y deteniéndose para comer en artesas dispuestas al efecto en todas las calles: esto por lo que respecta al *droschki* y al caballo. En cuanto al cochero, tiene un punto de contacto con el *lazzarone* napolitano, quiero decir que uno no necesita su lengua para darse á comprender de él, de tal suerte cala el pensamiento de aquel que le dirige la palabra. El cochero está sentado en un pequeño asiento, entre aquel á quien conduce y su caballo, y colgado del cuello ostenta entre las paletillas su número de orden, á fin de que el viajero, que tiene siempre aquel número á la vista, pueda cogerlo si está descontento de su *ivoschik*; en este caso el quejoso envía ó lleva el número á la policía, que rara vez deja de castigar al *ivoschik*. Aunque contadas veces necesaria, esta precaución, como va á verlo el lector, no es siempre estéril. A mi llegada á

San Petersburgo todavía se hablaba mucho de un lance ocurrido en Moscou durante el invierno de 1823. La señora L..., francesa, se encontró fuera de su casa y en una visita á hora bastante avanzada de la noche; y como no quería regresar á pie, por más que la familia en cuya casa se hallaba le ofreció hacerla acompañar por un criado, enviaron por un coche; por desgracia en la plaza sólo había *droschkis*, y un *droschki* condujeron á la dama francesa, que se subió á él después de dar las señas de su domicilio al cochero. El cual notó que la señora L... llevaba, además de una cadena de oro y unos preciosos pendientes de diamantes, un magnífico abrigo de pieles. Aprovechándose pues de la oscuridad de la noche, de la soledad de las calles y de la distracción de la señora L..., que, con la cabeza envuelta en su abrigo para resguardarse del frío, se dejaba conducir sin fijarse en el camino que tomaba su conductor, el cochero se desvió, y ya había dejado atrás el barrio más desierto de la ciudad, cuando la señora L... apartó el velo que le cubría los ojos y, al verse en el campo, empezó á dar voces; pero al observar que el *ivoschik*, en vez de detenerse redoblaba la celeridad de su caballo, cogiólo por la tablilla en que está el número, y se la arrancó amenazándolo con que al día siguiente llevaría la tablilla aquella á la policía, como inmediatamente no la condujese á ella á su domicilio. Sea que el cochero hubiese llegado al sitio que él mismo se fijara para la ejecución de su crimen, sea que se hubiese dado á entender que la resistencia de la señora L..., no le consentía esperar más, es lo cierto que aquél saltó de su asiento y se presentó en uno de los costados del *droschki*. Por fortuna la señora L... provista de la tablilla denunciadora, á la que no había soltado ni por un instante, se apeó por el lado opuesto, y empujando una verja entreabierta ante la cual se detuvieran, se entró en un cercado, que en las cruces de madera y de hierro de que estaba cuajado no tardó en cono-

cer que era un cementerio. Detrás de la señora L... entró el cochero, que la persiguió con nuevo ardor, pues ya no se trataba para él de enriquecerse robando las joyas y el abrigo de pieles de la dama, sino de salvar su vida; por dicha, la señora L... llevaba algunos pasos de ventaja al ivoschik, y la noche estaba tan oscura, que éste perdió pronto de vista á la dama. Prontamente la señora L... perdió pie y le pareció abismarse; acababa de caer en una huesa destinada á encerrar un cadáver el día siguiente; pero comprendiendo la dama que aquella huesa era un asilo que podía ocultarla á la persecución del asesino, no dió un grito ni exhaló una queja. El cochero, que la vió desaparecer como un espectro, pasó junto á la huesa y siguió adelante. La señora L... estaba salvada. Durante largo espacio el ivoschik vagó por el cementerio, pues no podía renunciar á la esperanza de hallar de nuevo á aquella que era dueña de su vida, y ora intentaba aterrorizarla con espantosas amenazas, ora se esforzaba en enternecerla con súplicas, jurando por todos los santos de la corte celestial que, de restituírle no fuese más que su tablilla, la conduciría á su casa sin hacerle daño alguno; pero la señora L... no se dejó intimidar ni seducir; quiero decir que continuó en la huesa, muda é inmóvil, parecida al cadáver de que ocupaba el sitio. Por fin y ya muy avanzada la noche, el ivoschik se vió obligado á salirse del cementerio y á huir. En cuanto á la señora L..., no se movió de su escondite hasta llegado el día, y dos horas después de haber salido de él, había denunciado el hecho á la policía y puesto en poder de ésta la tablilla. Durante tres días los bosques que rodean á Moscou sirvieron de refugio al asesino, que por fin, vencido por el frío y por el hambre, fué á buscar asilo en una aldehuera; pero como su número y su filiación habían sido dados á conocer en todos los pueblos de las cercanías, conociéronle, echáronle las manos, lo azotaron y lo enviaron á las minas.

Sin embargo cumple manifestar que estos ejemplos son raros: el pueblo ruso es instintivamente bueno, y puede que no haya otra capital en la que sean menos frecuentes que en San Petersburgo los asesinatos por concupiscencia ó por venganza. Más todavía: aunque muy inclinado al robo, al mujik le repugna grandemente la fractura, tanto, que uno podría confiar sin temor alguno una carta cerrada y henchida de billetes de banco, aunque él supiese lo que lleva, á un mandadero ó á un cochero, mientras sería imprudente dejar á la mano del mismo individuo algunas monedas de vellón.

Ignoro si mi ivoschik era ladrón, pero de fijo temía muy mucho que lo robaran; y digo esto porque al llegar á la verja del palacio de Tauride, me hizo comprender que, como el palacio tenía dos salidas, deseaba que á cuenta de los cinco rublos de marras le diese una cantidad equivalente al precio de la carrera que acababa de hacer. En París habría respondido yo con severidad al insolente pedigón; pero en San Petersburgo me reí, pues esto pasaba á otros más encumbrados que yo, sin que por ello se formalizaran. En efecto, cierto día en que, hacía dos meses, el emperador Alejandro se estaba paseando á pie, como solía, al ver que el tiempo amenazaba lluvia, se subió á un droschki, en la plaza, y se hizo conducir á palacio, al llegar al cual advirtió que no traía dinero.

—Aguarda, dijo Alejandro al ivoschik, apeándose, voy á enviarte el precio de tu carrera.—Ya, profririó el cochero, ¿como yo tuviese que contar con el dinero esel...—¿Cómo? preguntó con extrañeza el soberano.—Yo sé lo que me digo.—¿Y qué dices? vamos á ver.—Digo que todas las personas á quienes conduzco delante de una casa con dos puertas, y se apean sin pagar, son deudores á quienes nunca jamás vuelvo á ver el pelo.—¿Aun delante del palacio del emperador?—Con más frecuencia que en otras partes. Los grandes señores tienen muy flaca la memoria.—Era

menester que te quejases ó hicieses detener á los ladrones, repuso Alejandro, á quien placía aquella conversación.—¡Hacer detener á un noble! exclamó el ivoschik. Ya sabe vucencia que uno lo intentaría en vano. Si fuese uno de nosotros, añadió el cochero mostrando su barba, sería lo más fácil, pues saben por donde cogernos, pero á ustedes, grandes señores, que llevan afeitada la barba, es imposible. Así pues, busque vucencia en sus bolsillos, busque bien, y estoy seguro de que en ellos hallará con qué pagarme.—Mira, repuso el emperador, ahí va mi capa, que vale buena cosa más que el precio de la carrera, ¿no es verdad? Pues bien, no la entregues sino á quien te traiga el dinero.—Enhorabuena, dijo el ivoschik, á lo menos vucencia es razonable.

Poco después el cochero recibió, en cambio de la capa quedada en prenda, un billete de cien rublos, con que el emperador pagó de un golpe para él y para los que á palacio iban.

Como yo no podía hacer alardes de tal liberalidad, limitéme á dar á mi ivoschik los cinco rublos estipulados para todo el día, satisfecho de probarle que mi confianza en él era mayor que la que él había tenido en mí. Verdad es que yo sabía su número y el ignoraba mi nombre.

El palacio de Tauride, con su magnífico mobiliario, sus estatuas de mármol y sus lagos poblados de peces de oro y azur, es un dón que hizo el privado Potemkin á su poderosa y gran soberana Catalina II, para celebrar la conquista del país de que lleva el nombre; pero lo admirable no es el fausto del donador, sino la religiosidad con que fué guardado el secreto. En San Petersburgo se había construido una maravilla, y respecto de ella Catalina nada sabía; tanto es así, que cuando el ministro convidó á la emperatriz á la fiesta nocturna con que resolvió obsequiarla, aquélla, en vez de las húmedas praderas que le eran conocidas, halló resplandeciente de luz, lleno

de armonía y esmaltado de flores un palacio que parecía haber salido de manos de las hadas. Es que Potemkin era el modelo de los príncipes advenedizos, así como Catalina lo fué de las reinas improvisadas; el uno era un simple subalterno, la otra una princesa de Alemania; y sin embargo, cójanse todos los príncipes y reyes hereditarios de aquél tiempo, y se verá que ambos fueron grandes entre los grandes.

Una casualidad rarísima, ó mejor dicho un cálculo providencial, reunió á Potemkin y á Catalina. La cual tenía treinta y tres años, y sobre ser hermosa era amada por su beneficencia y respetada por su devoción. De improviso Catalina supo que Pedro III quería repudiarla para casar con la condesa de Woronsof, y, para tener un pretexto de repudiarla, contaba hacer declarar ilegítimo el nacimiento de Pablo Petrowitz. Catalina, comprendiendo que no hay minuto que perder, á las once de la noche sale del palacio de Peterhoff, se sube á la carreta de un campesino que ignora que conduce á la futura zarina, llega á San Petersburgo al amanecer, reúne á los amigos en quienes poder confiar, pónese al frente de ellos, y con ellos sale al encuentro de los regimientos que están de guarnición en la capital y que han sido convocados de decirles porqué. Una vez al frente de la línea, Catalina interpela á los soldados, invoca su cortesía como hombres y su fidelidad como militares, y aprovechándose de la impresión que su discurso ha producido, tira de una espada de la que arroja la vaina, y pide un cordón para anudar aquélla á su brazo. Un joven subalterno de diez y ocho años sale de las filas, se acerca á ella y le ofrece el suyo, y Catalina acepta sonriéndose por la manera suave con que se sonríen los que solicitan un reino. El subalterno espolea entonces á su caballo para volver á las filas; pero el caballo, acostumbrado al escuadrón, se niega á obedecer, se encabrita, y salta, y se obstina en quedarse junto al de la emperatriz; la cual mira entonces al

apuesto jinete que se estrecha contra ella, y al ver que en vano se esfuerza en alejarse del joven, tómalo como un aviso de la Providencia, que en él le indica un defensor. Inmediatamente la emperatriz nombra oficial al subalterno, y ocho días después, cuando Pedro III, preso sin resistencia, ha abdicado en ella la corona que él quería quitarla, Catalina, ahora la verdadera soberana, se acuerda de Potemkín y lo nombra gentilhombre de cámara. Desde aquel día la fortuna del favorito fué sin cesar en aumento, y no pocos que intentaron contrarrestarla se estrellaron. Únicamente uno se dió á entender que había triunfado, un joven servio apellidado Zoritsch; el cual, protegido por el mismo Potemkín, y empleado por éste junto á Catalina, se aprovechó de la ausencia de su protector para ver de perderlo calumniándolo. Potemkín, advertido, llega; se apea en su antigua habitación de palacio, y al saber que su desgracia es completa y que está desterrado, sin sacudir el polvo que cubre su traje de camino, toma hacia la habitación de la emperatriz, á la puerta de la cual halla de plantón á un joven teniente que intenta cerrarle el paso; pero Potemkín lo coge por la cintura, lo levanta en vilo, lo arroja al lado opuesto de la pieza, entra en la cámara de la emperatriz, y un cuarto de hora después sale de ella con un papel en la mano y dice al joven teniente:

—Tome V. este despacho de capitán que para V. acabo de obtener de su majestad.

Al siguiente día, Zoritsch estaba desterrado á Schklow, ciudad á la que el generoso Potemkín hizo erigir para aquél en soberanía.

En cuanto al favorito, soñó para sí en el ducado de Curlandia y en el trono de Polonia, pero luego no quiso nada de eso y se contentó con dar fiestas á los reyes y palacios á las reinas. Por otra parte, ¿qué habría añadido á su poder y á su fausto una corona? ¿No lo adoraban como á un emperador los cortesanos? ¿No

llevaba en su mano izquierda, pues la derecha la conservaba libre para empuñar mejor su sable, tantos diamantes como había en la corona? ¿No tenía correos que para él iban á buscar *sterlets* al Volga, sandías á Astracán, uvas á Crimea, ramos doquiera brotaban flores hermosas, y, entre otros regalos, no daba al principio de cada año á su soberana un plato de cerezas que le costaba diez mil rublos (1)? Ora ángel, ya demonio, Potemkín creaba y destruía sin cesar, ó, cuando no destruía ni creaba, lo enredaba todo, pero vivificándolo todo; no había quien fuese algo sino cuando él estaba ausente, y, cuando reaparecería, ante él todos volvían á quedar oscurecidos. El príncipe de Ligne decía que Potemkín era grande, caballeresco y bárbaro en una pieza, y el príncipe tenía razón.

La muerte de Potemkín fué extraña como su vida, y su fin inesperado como su comienzo. El favorito acababa de pasar un año en San Petersburgo entregado á fiestas y á orgías, en la inteligencia de que había hecho bastante para su fama y la de Catalina ensanchando las fronteras de Rusia hasta allende el Cáucaso, cuando de improviso supo que el anciano Reptnín, aprovechando su ausencia para vencer á los turcos y constreñirlos á solicitar la paz, había hecho en dos meses más que no él en tres años.

Entonces Potemkín no halla sosiego: está enfermo, es verdad, pero no importa, fuerza es que parta. En cuanto á la dolencia, el favorito luchará con ella y la señoreará. Potemkín llega á Jassy, su capital, y sale para Otchakov, su conquista; pero apenas ha avan-

(1) Entre los oficiales que estaban al servicio de Potemkín había uno apellidado Faucher, á quien aquél tenía incesantemente empleado en esta clase de comisiones y que corría eternamente la posta. Faucher, previendo que en uno de sus viajes dejaría los huesos, escribió de antemano y para sí el siguiente epítafio: «Aquí yace Faucher. Fustiga, cochero.»

zado algunas verstas, lo sofoca el aire de su coche, y, apeándose, se echa sobre su capa, que sus criados tienden en el suelo, y expira en la margen de un camino.

La muerte de Potemkín puso al borde del sepulcro á Catalina: todo, aun la vida, parecía común á aquellos dos grandes corazones. Catalina se desmayó tres veces, lloró largo tiempo á su amante y lo añoró toda su vida.

El palacio de Tauride, habitado, al visitarlo yo, por el gran duque Miguel, había servido de morada transitoria á la reina Luisa, la moderna amazona que por un instante alentó la esperanza de vencer á su vencedor; porque Napoleón, al verla por primera vez, le había dicho: «Señora, me constaba que erais la más hermosa de las reinas, pero no sabía que erais la más hermosa de las mujeres.» Por desgracia la galantería del héroe corso no fué de larga duración.

Un día la reina Luisa estaba jugando con una rosa, y Napoleón se la pidió.

—Dadme Magdeburgo, respondió la reina.—No, eso no, exclamó el emperador, me resultaría demasíadamente caro.

La reina, despechada, tiró la flor, pero se quedó sin Magdeburgo.

Al salir del palacio de Tauride, continué mi excursión atravesando el puente de Troitskoi, para visitar la cabaña de Pedro I, grosera perla imperial de la que sólo había visto yo el estuche la víspera.

El respeto nacional ha conservado este monumento en toda su primitiva pureza; el comedor, el salón y el dormitorio parecen aún aguardar el regreso del emperador. En el patio está la barquichuela labrada enteramente por el carpintero de Saardam, y de la cual éste se servía para dirigirse, por el Neva, á los puntos de la naciente ciudad adonde su presencia era necesaria.

Junto á aquella morada transitoria está la morada

eterna de Pedro I, cuyo cuerpo, como el de sus sucesores, reposa en la iglesia de los Santos Pedro y Pablo, situada en medio de la ciudadela. Aquella iglesia, de la que da una idea excesivamente favorable su dorada aguja, es pequeña, irregular y de mal gusto, y si hay en ella algo de valor, es el tesoro mortuorio que encierra. La tumba del zar está junto á la puerta lateral de la derecha, y de la bóveda penden más de setecientas banderas cogidas á los turcos, á los suecos y á los persas.

Por el puente Tiutchkoff pasé á la isla de Vasilietskoi, y ví que las principales curiosidades de este barrio son la Bolsa y las Academias. Limitéme á pasar por delante de estos monumentos, y tomando por el puente de Isaac y la calle de la Resurrección, á poco me encontré en el canal del Fontalka, del que seguí el malecón hasta la iglesia católica, donde me detuve para visitar la tumba de Moreau, que consiste únicamente en una sencilla losa frontera del altar y situada en mitad del coro.

Pues en las iglesias estaba, quise ver inmediatamente la de Kasán, la catedral de San Petersburgo, y entré en ella al través de su doble columnata, imitación de la de San Pedro de Roma. Contra lo acostumbrado, ahora las apariencias son inferiores á la realidad. Exteriormente todo es yeso y ladrillo, y en el interior bronce, mármol y granito; las puertas son de bronce ó de plata maciza, el pavimento de jaspe, y de mármol las paredes.

Para aquel día tuve bastante con los monumentos que acababa de ver; así pues me hice conducir á casa de la ilustre señora Xavier, para poner en manos de mi linda paisana la carta que para ella me habían entregado. Mi paisana hacía seis meses que no vivía en aquella casa, y su antigua patrona manifestóme, con acento muy afectado, que aquélla se había establecido por su cuenta entre el canal del Moica y la tienda de Orgelot; dirección que no podía darme pie á equivo-

carne, por cuanto Orgelot es el Suse de San Petersburgo.

Diez minutos después llegué delante de la casa indicada, y como decidí comer en el restaurante fronterero de ella, regentado por un mi compatriota, según pude ver en la rotulata, despedí á mi droschki, y entré en la tienda preguntando por la señorita Luisa Dupuy.

—¿Desea V. verla para compras ó para asuntos particulares? preguntóme una de las oficialas.—Para asuntos particulares, respondí.

La oficiala se levantó y me condujo á la sección de la señorita Dupuy.

IV

Introdujéronme en una reducida pieza entapizada de telas asiáticas, en la que hallé á mi hermosa compatriota recostada y leyendo una novela. Al verme, Luisa se levantó, y lo primero que dijo, fué:

—¡Ah! ¡es V. francés!

Me disculpé de presentarme á la hora de la siesta, y añadí:—Como sólo hace veinticuatro horas que estoy en San Petersburgo, puede perdonárseme que todavía ignore algunas costumbres de la ciudad. Traigo para V. esta carta.—¡Ah! es de mi hermana, exclamó Luisa; ¡oh! mi buena Rosa, ¡cuánto me place saber de tí! ¿Conque V. la conoce? ¿continúa conservando su buen humor y su hermosura?—Lo último puedo afirmarlo, respondí; en cuanto á su buen humor, espero que lo tenga; y digo esto porque sólo la he visto una vez. La carta esta me la entregó un mi amigo.—El señor Augusto, ¿no es verdad?—Es verdad.—¡Pobre hermana mía! en la hora de ahora estará muy contenta; le he enviado unas telas magníficas, y algo más. Le escribí que se viniera, y...—¿Y qué?—Como para ello tenía que separarse del señor Augusto, se

ha negado. Pero tome V. asiento, no haga V. cumplidos.

A esta incitación hice ademán de sentarme en una silla, pero la señorita Dupuy me hizo seña de que me sentase á su lado, en lo cual no opuse reparo alguno.

Entonces Luisa se puso á leer la carta que yo acababa de entregarle, y, mientras, la contemplé á mi sabor.

Las mujeres tienen una facultad maravillosa y exclusiva, la de trasformarse, si vale decirlo así. A mi vista tenía yo una simple modistilla de la calle de la Harpe, modistilla que, hacía cuatro años, iba indudablemente todavía, todos los domingos, á bailar al Prado y á la Casa de campo. Pues bien, á aquella mujer le había bastado que la trasportasen, como una planta, á otra tierra para florecer en medio del lujo y de la elegancia, como si se encontrase en su suelo natal. A decir verdad, por muy familiarizado que estuviese yo con los ademanes y las costumbres de la estimable clase de la sociedad á que Luisa pertenecía, nada veía en ella que me recordase la vulgaridad de su cuna y la irregularidad de su educación. El cambio era tan radical, que al ver á aquella hermosa criatura con sus largos cabellos á la inglesa, su sencillo peinador de muselina blanca y sus escaarpines turcos, recostada en la actitud graciosa que le habría impuesto un pintor para retratarla, pudiera haberme dado á entender que me habían introducido en el camarín de alguna elegante y aristocrática habitante del barrio de San Germán, siendo así que me encontraba ni más ni menos que en la trastienda de un establecimiento de modas.

—Y bien, ¿qué hace V.? me preguntó Luisa, que hacía un rato había dado fin á la lectura de la carta y empezaba á correrse del modo como yo la miraba.—La miro á V. y estoy pensando...—¿En qué?—En que si Rosa hubiese venido, en vez de continuar tan heroicamente fiel á Augusto; si por mágicas artes, hubi-